

nuestro pecho el odio que sin él nos producirían lo feo y lo malo; dice Anatole France, no recuerdo en cual de sus libros, que cuando tenía diez y siete años comprendía y sentía a Virgilio *tanto casi* como si su profesor no se lo hubiera explicado. No es ésta, creo, una sátira contra determinado profesor, contra el profesor de quien aprendiera las primeras nociones de literatura; es contra el profesor en general, de todos los tiempos y de todos los países; contra el magister vano y presuntuoso que cree que él solo y nadie más que él, tiene la visión precisa de las cosas y la noción exacta de la verdad.

El profesor, que tiene una cultura distinta a la del alumno, veinte o treinta años más que él, prejuicios de escuela, amortiguados ciertos sentimientos y aguzados otros, pretende que su alumno sienta, ante una obra de arte, las mismas emociones que él experimenta, vea en ella lo que él ve, y admire o repruebe lo que él cree objeto de reprobación o de admiración; sin darse cuenta que él y su discípulo son dos sujetos de tendencias, educación y temperamentos a veces diferentes, a menudo opuestos.

Si un mismo espectáculo de la naturaleza hace vibrar distintas cuerdas no ya en diversos individuos sino en el mismo, según sea el estado de su espíritu en el instante de percibir aquél; si tal poesía, tal drama, tal novela, tal cuadro, tal trozo musical ayer nos entusiasmaron hasta el delirio y hoy nos dejan fríos, o, por el contrario, ayer nos aburrieron y hoy nos enajenan, porque nues-